

divino de la Iglesia no debía ni podía ser obra del entendimiento humano, cuya actividad presuntuosa solo sirvió para retardarla: y así se hizo mas visible el brazo del Señor en la direccion de esta grande obra, como lo advertiremos fácilmente con solo mirar los hechos bajo dos aspectos que se presentan con mucha naturalidad. Observaremos en primer lugar, cómo el Señor sostuvo su Iglesia contra la temeridad y los atentados de los falsos reformadores; y en segundo lugar, cómo hizo que estos mismos atentados contribuyesen á la conservacion y al restablecimiento de la Iglesia.

Reformadores ó detractores temerarios y vanos: reformadores guiados por el espíritu de cisma y de novedad, reformadores en fin, ó por mejor decir, destructores, animados de todo el furor de la heregía, la cual se horrorizaba al ver su propia fealdad, y se quejaba de la mano que la descubria: tales son los celadores perniciosos contra quienes sostuvo el Señor su Iglesia en esta última edad.

Desde los preliminares del concilio de Pisa hasta la conclusion del de Florencia, la hemos visto constantemente espuesta á las censuras é invectivas de una multitud de doctores oscuros y de simples sacerdotes, tanto mas atrevidos, quanto menos papel hacian en la gerarquía, y menos tenian que perder en la reforma. Hubo tambien sin duda algunos doctores recomendables por su instruccion y por sus virtudes, los cuales con no menor sabiduría que justicia promovieron la perfeccion de la disciplina antigua. ; Pero cuántas mas veces quedaron los fieles aturdidos, escandalizados y justamente indignados con los sediciosos clamores sobre el menoscabo del espíritu de la Iglesia en su Cabeza y en sus miembros! ; Cuántos motivos de llanto al ver la revolucion

que produjeron en los ánimos contra el respeto debido al episcopado, al Sumo Pontífice y á los mas augustos concilios!

El primer paso que se dió con acierto para la deseada reforma, fue la celebracion del concilio de Pisa. Viendo el empeño de los Papas, Gregorio XII y Benedicto XIII, sobre conservarse recíprocamente su Pontificado mutilado, los cardenales de las dos obediencias, á solicitud de todos los Príncipes y de todos los pueblos cristianos, como hemos espuesto, convocaron este concilio, que en la triste situacion en que se hallaba la Iglesia, no debía diferirse mas, ni podia convocarse de otra manera. Pero el concilio de Pisa, en que se habian fundado tan grandes esperanzas, no pudo remediar de todo punto el escándalo que causaba la division de la Silla apostólica.

En Constanza se reformó de un modo eficaz y duradero este régimen monstruoso, y se trató con actividad de las demás cosas que debian reformarse; pero los sugetos menos calificados en la gerarquía, y menos espuestos por lo mismo á los golpes de la reforma, fueron los que mas alborotaron, sin guardar ningun respeto, y olvidándose hasta de las reglas de la decencia. Hubo un monge insolente, llamado Bernardo Bautizado, benedictino francés, que con el mayor descaro acusó á los primeros prelados de desidiosos, avaros, afeminados y disolutos; y llegó su grosera avilantéz á tratarlos de ministros de Satanás, que no tenian mas leyes que su codicia, ó quizá otras pasiones aun mas vergonzosas. Otro reformador de la prelación, doctor atrabiliario y pedante,preciado de gracioso y decidor, exclamó con énfasis, que tenian el fausto y los modales imperiosos de los comandantes militares, sin participar de sus trabajos, y la profanidad de las mugeres, sin conservar el pudor que es propio de ellas: que sacaban todo

el jugo de la tierra sin cultivar nada: que no buscaban mas que un lucro sórdido en la administracion de las cosas santas; y que mantenian músicos, comediantes, mugeres perdidas, perros y caballos, dejando morir de miseria á las pobres de Jesucristo.

Mostrándose los prelados, y entre otros el cardenal Pedro de Ailly, mas atentos á la edificacion y á la decencia, propusieron dictámenes luminosos, exactos, prácticos, y demostraron claramente que el arte de gobernar la casa de Dios no está menos anexo que la autoridad al primer orden del sacerdocio. Declamó con energía el cardenal contra aquellos reformadores subalternos que despreciaban la dignidad y el gobierno de los primeros pastores, y les advirtió que quitasen la viga que ofuscaba sus ojos antes de buscar la paja en la de sus hermanos, ó por mejor decir, en los de sus padres y maestros. Protestó que nadie deseaba la reforma con mas ardor que el sacro colegio, y que la iglesia romana adoptaria todas las disposiciones que el espíritu de sabiduría y de verdad dictase al concilio. ¡Pero con qué valor y discernimiento propuso los puntos esenciales de una reforma sólida, la frecuente celebracion de los concilios, la disminucion de las cargas y subsidios que imponia la curia pontificia, la supresion de las innumerables reservas que ponía sobre los beneficios, y de las muchas esenciones que iban destruyendo insensiblemente la potestad de los ordinarios! ¡Con cuánto vigor quiere que se proceda á hacer que reine el desinterés entre los obispos, especialmente en la colacion de las órdenes y de los beneficios, á evitar que vayan á la guerra, y á obligarlos á residir de continuo en sus iglesias! Por lo que toca á los sacerdotes entregados á los vicios groseros, como son la simonía y el concubinato; „las censuras (dijo, indicando los medios eficaces de que se

valió despues el santo concilio de Trento) son unas armas muy débiles. Contra esos hombres sin pudor, es necesario proceder por la privacion de los beneficios y la nota de infamia.” En cuanto á los frailes y monjas, propone el espíritu de retiro y de recogimiento en tal grado, que no quiere que los frailes vayan á estudiar fuera de sus conventos, ni que se dediquen á estudios que no tengan una relacion directa con el fin de su vocacion. Por último, no se olvida de la reforma del comun de los fieles; pero el único medio que juzga eficaz para que la abracen, es la exhortacion sostenida con el buen egeemplo de los eclesiásticos.

Si todos los promotores de la reforma hubiesen procedido con esta prudente circunspeccion, es de presumir que en Constanza se hubieran cumplido los deseos de toda la cristiandad. Pero las naciones de Alemania é Inglaterra quisieron que se egecutase antes de la eleccion de un Papa que fuese reconocido por las dos obediencias, esto es, antes del restablecimiento de la unidad perfecta, que era el objeto principal del concilio, é insistieron en esta idea con tanta altivez, que indispusieron á los cardenales, á toda la nacion de Italia, y aun á los franceses que hasta entonces habian sido los mas ardientes promotores de la reforma. Ya hemos visto que prevaleció este último partido; y el concilio se contentó con establecer que el Papa futuro haria la reforma, de acuerdo con los padres antes de separarse éstos, y se especificaron los principales artículos de que habia de tratarse.

Pero cuando fue elegido el nuevo Papa, Martino V, no se creyó obligado á sujetarse á unas disposiciones que solo podian adquirir fuerza de ley despues que las hubiese él confirmado como Cabeza de la Iglesia y del concilio. Por el respeto que

infundió desde luego el aparato de la magestad pontificia, se puede ver cuántos recursos tiene la Providencia para conservar la Silla de Pedro. Antes de la elección del Pontífice, solo se hablaba de los casos en que podía ser corregido y depuesto; y apenas ocupó la Silla apostólica, se pusieron todos en sus manos por lo tocante á la materia y al modo de la reforma. Pero hallándose Martino muy distante de querer abusar de esta divina superioridad, condenó desde luego severamente la simonía, reprimió la mala conducta y el fausto mundano de los eclesiásticos, revocó un gran número de esenciones, dispensas, uniones de beneficios y subsidios impuestos á favor de la cámara apostólica, y prohibió por punto general gravar con ninguna imposición á cualquier iglesia que fuese, sin la anuencia de los preladados del país. No era esto, ni con mucho, todo lo que se había pedido; pero dirigidos ya los padres por una Cabeza incontestablemente legítima, comprendieron que no había cosa mas temible que la precipitación en una materia tan delicada, y que no era poco haber principiado esta grande obra en el corto tiempo de serenidad que había sucedido á un cisma de cuarenta años; y además se creía que los concilios indicados para lo sucesivo, la darian muy pronto la última mano.

El de Basilea, que se celebró de allí á trece años, continuó en efecto esta empresa con mucho ardor, y decretó varios puntos de disciplina que no pueden menos de aplaudirse. Tales fueron, entre otros, las penas señaladas contra los eclesiásticos incontinentes, á los cuales se privaba desde luego de las rentas de sus beneficios por espacio de tres meses; y si pasado este término no despedían á las concubinas, se les despojaba de los beneficios que poseían, y quedaban inhábiles para poseer otros. Tales

fueron tambien las reglas prescritas para la dignidad y edificación en la celebracion de los divinos oficios, y para la abolición de las anatas, reservas, espectativas, apelaciones á Roma con el abuso que se había notado hasta entonces, entredichos y todo género de censuras fulminadas sin causa grave: sobre lo cual se declaró con mucho acierto, para la tranquilidad de las conciencias, que solo estaban obligados los fieles á huir de los escomulgados ó denunciados espresamente, ó tan notorios que no quedase ningun medio de tergiversacion. Para asegurar tambien la tranquilidad pública, se dió un decreto á favor de la posesion trienal de los beneficios.

Así procedió este concilio, siendo utilísimo á toda la cristiandad, mientras permaneció unido con su Cabeza, ó á lo menos mientras uno y otro se contuvieron en los límites de un disgusto recíproco ó de unas quejas moderadas. ¿Pero quién podrá olvidarse jamás del extremo funesto en que vino á parar aquella desavenencia? Y cuando ya llegó á decidirse este fatal rompimiento: cuando la Cabeza de la Iglesia declaró la disolución del concilio, y no componiéndose ya éste de los sucesores vivos de los Apóstoles, por cuya boca pudiese el Espíritu Santo proferir sus oráculos, segun lo tenía prometido, sino de sus frias y mudas reliquias colocadas por el espíritu de cisma y de fanatismo en las sillas de los padres, y de una gavilla tumultuosa de clérigos precarios, de simples sacerdotes, de párrocos ó vicarios saboyanos y suizos, entonces en lugar de edificación y reforma, se cometieron todos los excesos de la rebelion y del escándalo. Sin embargo, por razon del celo que aquel concilio incomprendible continuaba manifestando en orden á la restauracion de la disciplina, fue todavía protegido mucho tiempo, ó á

lo menos mirado con cierto respeto por varias naciones, y en particular por la francesa, no obstante el escándalo que la causaban sus enormes desvaríos: de donde resultó que casi todos los artículos de disciplina decretados en Basilea, fueron admitidos en la pragmática-sancion, tan célebre en el reino de Francia. Como quiera que sea, la Iglesia iba adelantando constantemente en la reforma, á pesar de todos los esfuerzos del inferno. Por otra parte, aquel que mueve á su arbitrio los resortes de la política, hizo que contribuyesen á la conservacion de la autoridad pontificia las atenciones que guardaba la corte de Francia, y mas que todo la reunion de los griegos con el Papa Eugenio y con el concilio de Florencia.

Sin embargo, era grande el escándalo que se habia dado, y la continuacion de las quejas y clamores contra la relajacion de la Cabeza y de los miembros de la Iglesia, habia disminuido prodigiosamente el respeto con que se debe mirar al sucesor de Pedro, á los sucesores de todos los Apóstoles y á los sagrados concilios. En el centro inculto de la Bohemia se levantó un hombre vano, presuntuoso, amante de la novedad, no menos atrevido en publicar y aumentar errores, que incapáz de retroceder, maquinador tenebroso, hipócrita hábil y de una malignidad profunda; en una palabra, Juan Hus, dotado en sumo grado de los fatales talentos que constituyen á los heresiarcas. En el siglo anterior habia esparcido Wicief en Inglaterra una doctrina que, con pretesto de reforma, destruia toda potestad legítima, tanto política como eclesiástica; echaba por tierra, juntamente con el libre albedrío, todos los principios de las buenas costumbres, y se dirigia á acabar con nuestros mas augustos misterios. Causó Wicief una conmocion general en aquel reino, y mas de una vez

faltó muy poco para trastornarle enteramente. A egemplo de los reptiles odiosos que recogen en todos los parages inficionados el veneno mortal que tanto les deleita, habia bebido Juan Hus en el seno de la Bohemia aquellos jugos impuros, se los habia apropiado y convertido, por decirlo así, en carne y sangre, y halló varios bohemos de su mismo genio y carácter, especialmente á Gerónimo de Praga, con cuyo auxilio inficionó en muy poco tiempo á una gran parte de esta ciudad y de su universidad, la cual estaba entonces en su infancia, y por lo mismo no es extraño que se dejase sorprender.

Desde luego irritó á los pueblos contra los eclesiásticos seculares y regulares, á quienes acusaba generalmente de ignorancia y de disolucion, y despues contra todo el órden gerárquico, sin perdonar á los primeros prelados ni al Sumo Pontífice. Sostenia en términos espesos, que si el Papa, ó un obispo, ó cualquiera otro prelado estaba en pecado mortal, ya no era Papa, obispo ni prelado. Segun él no bastaba estar en estado de gracia para tener parte en la jurisdiccion eclesiástica, sino que era necesario ser predestinado, supuesto que compone á la Iglesia de los predestinados solos, y que para tener un carácter de autoridad en el órden eclesiástico, se necesita por lo menos ser miembro de la Iglesia. Bien notorias son las imágenes y las espresiones injuriosas con que revestia sus dogmas sediciosos, cuando enseñaba que el Papa que peca y no está predestinado, debe, á egemplo de Judas, ser llamado ladron, hijo de perdicion, ministro de Satanás, y de ningun modo Cabeza de la santa Iglesia militante. Acerca del entredicho y de las demás censuras, publicaba que las habia introducido el clero para esclavizar á los pueblos ó para espantar á los que se oponian á su depravacion, y

que eran obra del Anticristo. Ya hemos visto las fermentaciones y los enconos que produjo este género de doctrina entre unas gentes ignorantes y feroces. Juan Hus y Gerónimo de Praga espiaron al fin estos escesos con un suplicio cruel, pero sin abrir los ojos á sus compatriotas fascinados.

La secta convirtió en santos á dos apóstatas; y para vengar su muerte escitó al momento una sedición violenta, que desde Praga se esparció por toda la Bohemia, y llegó á ser el estado permanente de aquella desgraciada nacion por una larga série de reinados ó de anarquías. El camarlengo Trocznon, tan famoso despues con el nombre de Zisca, se hizo caudillo de una vil gaviilla de aldeanos y de gente vagabunda, que no tardaron en ser los mas valientes, pero al mismo tiempo los mas atroces guerreros del norte. No siendo bastante para aquellos mónstruos el saqueo, el incendio y las crueldades ordinarias, quemaron á fuego lento á los sacerdotes, ó los pusieron desnudos en estanques de hielo: cortaban los pies y las manos á los caballeros mas distinguidos, los echaban en tierra y los azotaban con increíble barbarie, llegando su inhumanidad á abrasar en las iglesias á los habitantes de ciudades enteras, sacerdotes y legos, mugeres y niños, y aun los ornamentos sagrados. El solo aspecto de aquellos mónstruos salvages, su mirar torvo, sus ademanes feroces, su barba larga é inculta, su cabello desgrefiado, sus cuerpos medio desnudos y ennegrecidos con el sol, su piel tan endurecida con los vientos y el frio que parecia una escama impenetrable al hierro, todo inspiraba terror y daba á entender que estaban acostumbrados á la atrocidad y á todo género de maldades.

Tales fueron, sin embargo, segun lo aseguraban ellos mismos con arrogancia, los hombres suscitados para restablecer en

la Iglesia la pureza del Evangelio y de la disciplina primitiva. Edificaron una ciudad, á la que dieron el nombre de Tabor, como destinada á la manifestacion de las verdades mas sublimes de la religion. Los orebítas (llamados así por razon de un monte que compararon con aquel en que dió el Señor á Moisés las tablas de la ley) no se atribuyeron menos autoridad que la que habia tenido este primer legislador del pueblo de Dios. Otros se establecieron en una guarida semejante, formada en la cima del monte que llamaron Sion, como un lugar favorecido del cielo, desde el cual habia de esparcirse por todo el universo la virtud y la verdad. Aun los torpes adamítas quisieron que se tuviese por reforma de la Iglesia y por renovacion de la inocencia original, la costumbre que tenian de ir enteramente desnudos en numerosas bandadas de hombres y mugeres confundidos entre sí: lo que los sumergió en una corrupcion tan espantosa que escitó el horror de los demás sectarios, en quienes el interés que tienen todas las sectas en estar unidas contra la Iglesia, apenas fue un motivo suficiente para que dejasen de vengar á la naturaleza tan indignamente ultrajada.

¿Cuáles fueron, pues, los recursos de la Iglesia en tan crílicas circunstancias? ¿Por ventura las armas de los Príncipes cristianos, cuyos derechos no eran menos violados que los de la Religion? Segismundo, Emperador y Rey de Bohemia, hizo á la verdad cuantos esfuerzos pudo para sojuzgar á aquellos rebeldes impíos. Cinco veces salió contra ellos con egércitos poderosos; pero otras cinco volvió la espalda casi sin haber visto al enemigo. La piel de Zisca, convertida en tambor despues de su muerte, bastó para que buyese aquel Emperador, muy osado contra los sacerdotes y los concilios, pero de poca pericia militar

y no de mucho mas valor. ¿Fue mas útil á la Iglesia la política que la espada imperial? El Emperador, mas hábil en efecto para negociar que para vencer, logró á fuerza de dinero y de todo género de sacrificios conciliarse la amistad de Zisca, pero cuando ya este terrible enemigo estaba en vísperas de morir, y sin que resultase de aquí ninguna ventaja efectiva. Mas adelantaron los diputados que envió despues á Praga el concilio de Basilea, para que tratasen con los sectarios; porque de veintidos artículos de reforma ó de subversion que pedian, hemos visto que se redujeron á cuatro; y mediante la concesion del primero, el cual podia tolerarse, á saber, la comunión bajo las dos especies, los mas juiciosos admitieron tambien las modificaciones que se hicieron en los otros tres. Pero ni la condescendencia, ni la fuerza esterna eran las que habian de vencer á la heregía. Tenia resuelto el cielo confundirla y destruirla por medio de las contradicciones que se hallaban en la iniquidad. La mitad de los sectarios, que además de los errores comunes admitia tambien las impiedades particulares de Wiclef, horrorizó á la otra mitad. Los calistinos, esto es, la nobleza y los paisanos honrados, contentos con la comunión del cáliz, se avergonzaron de estar unidos por mas tiempo con los bandidos del Tabor, y con los que habian tomado el nombre de huérfanos cuando murió Zisca; y quisieron mas bien volver á obedecer con honor á un Soberano augusto, que permanecer bajo el yugo vergonzoso de un clérigo apóstata, del vil y soberbio Procopio que los trataba como esclavos. Reunidos así los calistinos á los católicos, fueron esterminados ó disipados por lo menos todos los facinerosos que se condecoraban con el nombre de reformadores.

Volvió despues la secta á levantar cabeza por medio de un mal clérigo, para el cual eran indiferentes todas las religiones, con tal que pudiesen contribuir á hacer su fortuna. Deseando Roquesana ocupar la silla arzobispal de Praga, lisongeo la ambicion del regente Pogebrac, que aspiraba por su parte al trono de Bohemia; y como no podian lograr sus designios sino á fuerza de divisiones y disturbios, sostuvieron ambos á dos, cada uno á su modo, á unos sectarios turbulentos, tan favorables á sus ideas ambiciosas. Pogebrac y Roquesana consiguieron todo lo que deseaban. Pero cuán inciertas y poco fundadas son las esperanzas y los temores de los hombres! Lo que se creia que habia de ser la ruina de la Religion en Bohemia, fue precisamente lo que la conservó; porque colocado Pogebrac en el trono, miró al cisma y á las facciones con muy distintos ojos que cuando trataba de ocuparle. Habia maquinado por medio de una secta sediciosa, á fin de establecer su poder; y para asegurar este mismo poder, juntamente con la tranquilidad pública, nada menos resolvió que esterminar á los sectarios mas sediciosos. Roquesana, esclavo de la fortuna y poco adicto á la heregía, no hizo escrúpulo en usar de mala fe con los hereges, engañándolos torpemente, para llevar á efecto el pensamiento del nuevo Rey. Sin duda alguna no fueron grandes las esperanzas que fundó la Iglesia en semejante Rey y en semejante arzobispo, los cuales, despues de su reunion al centro visible de la unidad, volvieron otra vez al cisma, cuando creyeron que podia ser favorable á sus intereses. Pero debilitada poco á poco la secta con sus variaciones, se halló por último casi destruida. Cuando murieron estos dos apóstatas, los cuales estaban á quince jornadas de distancia el uno del otro, se hallaba reducida á tal grado de abatimiento,

que la pareció un gefe distinguido el vil artesano Pedro Reseliski. Este fue el origen de los hermanos de Bohemia, á quienes atrajo despues Lutero á su partido como un refuerzo precioso. ¿Pero qué cosa, por estraña que fuese, deberá admirarnos tratándose de Lutero y de su reforma?

Para proceder con órden en la idea que debemos formar de ella, observemos un momento sus autores, su objeto y sus medios. Los autores de la reforma que envolvió en la apostasía á una tercera parte de Europa, fueron Lutero y Calvino por excelencia: Lutero favorecido por Melanchton; y Calvino por Teodoro Beza: Zuinglio sostenido por Ocolampadio; y luego el tropel de seductores subalternos, Carlostadio, Bucero, el impío Osiandro, el atróz Juan de Leiden, los dos Socinos, y otros muchos blasfemos, ya de la divinidad de Jesucristo, y ya de los demás puntos de la fe cristiana.

¿Y cuáles eran las virtudes ó el carácter de autoridad de estos hombres que se suponian suscitados por el mismo Dios, de estos restauradores de la Iglesia, de estos nuevos profetas? Lutero, fraile apóstata y corruptor de una monja apóstata; gran comedor y bebedor; bufon insípido y grosero, ó por mejor decir, impío, que no perdonó á Papa ni á Monarca; furioso como un energúmeno contra todos los que se atrevian á contradecirle; adornado á lo sumo con una erudicion y literatura que podia parecer algo en su siglo, ó en su nacion; hombre decisivo y altanero, dotado de robustos pulmones: tal fue el nuevo evangelista, ó como él se llamaba, el nuevo eclesiastés, que puso en conmocion á toda la Iglesia con pretesto de reformarla. Para prueba de su estraña mision, que pedia ciertamente milagros de primer orden, alegó los milagros de que se vale el alcoran, esto es, los

triumfos del alfange y el progreso de las armas; los excesos de la discordia, de la rebelion, de la crueldad, del sacrilegio y del latrocinio.

Calvino, menos voluptuoso, como hemos dicho, ó mas contenido á causa de su miserable temperamento, menos arrebatado, menos arrogante, menos jactancioso que Lutero, tenia tanto mas orgullo quanto mas se preciaba de modesto, y era infinitamente mas artificioso, mas rencoroso y maligno que su precursor. Trataba á sus cólegas los ministros con toda la dureza de un déspota rodeado de esclavos. ¿Pero con qué fundamento se atribuyó este hombre el carácter de reformador? Despechado porque se habia conferido al sobrino de los condestables de Francia el beneficio que solicitaba para sí mismo el orgullo estravagante del nieto de un barquero. Bien notorio es que antes de este desaire declaró, que si se le hacian, tomaria una venganza de que se hablaria en la Iglesia por mas de quinientos años. Inmediatamente que le dieron la repulsa, empezó á trabajar en el establecimiento de su reforma.

El mas recomendable, y al mismo tiempo el mas ciego partidario de Lutero, esto es, Melanchton, hombre ingenioso, literato elegante y cultivador laborioso de las lenguas sábias, no tuvo mas título que su talento para mezclarse en el régimen de la Iglesia, y escudriñar las terribles profundidades de la Religion. Pero su conciencia no cesó de darle gritos contra su temeridad y contra los espantosos derrumbaderos en que le precipitaba su conductor. En una palabra, en Melanchton vemos un hombre débil arrastrado por un furioso, de quien no puede separarse aunque le causa horror. Beza, cooperador agradable del adusto Calvino, mostró el título de su mision, escrito en los